

Título: Monólogo frío

Texto transversal que explora (pero no responde) la pregunta: ¿La ciencia y la tecnología propician necesariamente el desarrollo de la sociedad?

Por: Dennis Acevedo

Programa de Creación Literaria

Cuelgo la llamada, apago la pantalla y me acuesto en silencio. El frío se acuesta encima mío, está estático. Encontrar los lugares quietos parece un milagro. Me da miedo moverme, no quiero romper el encanto de la nada, por fin la nada. Aunque es mentira, quiero que permanezca la sensación de que el tiempo se ha ralentizado, incluso que se ha detenido. Pero ya sé que es mentira, me lo avisa un dolor acomodándose entre las costillas, un miedo que se hospeda en el diafragma.

El deseo de que nos acercaran las palabras sostuvo la llamada, pero los segundos corrieron en silencio y el saldo se acabó en tiempo mudo. Pienso que sería un buen momento para probar una relación amorosa con un software, que Siri sería creativo para el cybersexo, que solo tendría que ponerle un nombre más bonito que Alexa. Me río. Me sorprende a mí misma rompiendo el silencio. En realidad sería horrible tener un romance con una computadora para aliviar una ruptura, hasta hay películas de lo mal que eso resulta. No quiero que me llames otra vez. Quiero poner la mano en tu garganta para sentir la vibración de tus palabras, quiero acostarme a procrastinar contigo, a mirarte la cara emocionada cuando me dices “el aceleracionismo nos va a llevar a postcapitalismo”, y que ignores que no entiendo lo que hablas porque te miro embelesada, que mientras tanto esté pensando en el muchacho con quien nos fumamos un porro en Chapinero, el que tenía una casa cultural en el barrio de invasión en la montaña, el que estaba haciendo una huerta autosostenible, y piense que deberíamos dejar nuestros trabajos horribles e irnos a vivir con él para empezar una comuna anarquista en medio de la ciudad, y me de risa lo ingenua que soy, entonces te diga que ya no se puede acabar el capitalismo, que no se puede soñar con encontrarle la quinta pata al gato y me mires sospechando que he puesto atención a lo que hablas, me dices "por eso,

hermosa, no vamos a acabar el capitalismo, vamos a acelerarlo para que llegue a su crisis" y abro grandes los ojos porque quiero comerte con ellos, encapsularte ahí adentro de la pupila. El mundo no parece tan feo si puedo acariciarte con las pestañas.

El frío me aplasta más fuerte el cuerpo. Sigo acostada, sigue el silencio. Quiero olvidar la sensación amarga que va invadiendo poro a poro, entonces sigo imaginando que hablamos, como si se pudieran actualizar los recuerdos, ponerlos a rodar de nuevo, y te escucho decir que quieres ser hacker, que al liberar la tecnología más allá del horizonte del mercado se va a hacer un nuevo ser humano, una sociedad no tan opresora. Y yo me sigo riendo de escucharte, como forma de decir que te estoy poniendo atención, pero en realidad estoy pensando que encarcelaron al mejor amigo del man que vive en el barrio de invasión por robar celulares, y ya no me da tanta rabia con el ladrón que nos amenazó con un cuchillo y se llevó mi celular cuando caminábamos borrachos a la madrugada. Empieza a ser insignificante el aparato perdido cuando me acuerdo de ese hombre con un nudo en la garganta diciendo que él sería *dealer* y que entraría a la pandilla para que su mamá dejara de llorar por plata, y dejaría de joder con la casa cultural si no quisiera un mundo mejor para sus hijos y yo digo jmm qué asco el mundo y tú paras en seco tu labia y me dices que el mundo es un lugar bonito porque estoy yo, y me sorprendo hablando en voz alta pero no me importa porque puedo darte un beso. Un hijueputa beso. Un malparido beso. Maldita sea. Estoy imaginando estupideces empalagosas y combinándolos con recuerdos llenos de amor romántico, solo porque no quiero aceptar esta desazón que me llena el estómago. Si tiemblo es de frío pero no de miedo. ¿Miedo a qué? ¿A qué se supone que le tengo miedo? Si tú estás allá al otro lado de esa raya imaginaria que llaman frontera para que los gobiernos jueguen a guerra naval en un tablero *premium*, y yo estoy aquí en este frío, con el mismo empleo de profesora que ya no cree que la educación cambie el mundo, ni que nada cambie una mierda, que lo que me importa es saber alargar el sueldo para pagar a menos cuotas el celular que compré después de que me robaron, el celular con el que supe que llegaste bien a un destino donde me vas a dejar de querer de a poquitos, y que no se dañe la pantalla donde veo fotos de tu nuevo apartamento, bellissimo por cierto, iluminado y espacioso, un lugar digno de alguien a quien ya no lo están explotando laboralmente, de alguien que ascendió a un puesto

internacional y puede tener sexo en un mueble que combina con el color de las cortinas. Pero de qué nos sirvió tanto punk y tanta vaina, además de las buenas borracheras, y mi joda con formar una eco aldea y todo ese blabla de cosas hippies. A veces pareciera que los discursos fueron una calcomanía que nos salió en un paquete de papas cuando éramos adolescentes, y nos gustaron tanto que las pegamos en la ropa. Así fuimos y así nos enamoramos. Amor, no me importa que nunca llegases a ser *hacker*, ni que yo no tenga una ecoaldea con vaquitas rescatas del matadero. Ahora tienes una vida mejor pagada. Y la injusticia, la desigualdad, seguirá existiendo, y nosotros nada podemos hacer porque qué pretencioso es creerse jesucristo el salvador del mundo, pero podré verte un día con una cámara tan avanzada que pareciera poder tocarte los poros desde aquí. Y tengo que resignarme a que estás lejos, y dejar de helarme la piel a propósito, porque de poco sirve poder llamarte cada día si aún no me pasa el síndrome de abstinencia a tu temperatura. Debería aprender a consolarme con Cortana buscando porno feminista, pero para qué me voy a mentir tanto; tu ausencia corporal es una ruptura sin segundas oportunidades.